

entregado violentamente á la contrarrevolución, acaso por celos de Lafayette, que en la Revolución parecía desempeñar el principal papel.

Dieciocho regimientos, especialmente los carabineros, no habían prestado juramento á la Asamblea.



LOUSTALOT

Estos soldados eran suficientes para cerrar todos los caminos de París, copar sus convoyes, hacerlo morir de hambre.

No faltaba dinero para la loca aventura; se creía poder contar con millón y medio mensual; el clero supliría el resto; un procurador de los benedictinos había dado cien mil escudos de una sola vez.

El lunes 14 escribió el viejo almirante á la reina: «La víspera de un combate naval he dormido siempre tranquilamente; pero después de vuestra terrible revelación no he podido cerrar los ojos...»

En la mesa de Lafayette temblaba de que un solo criado lo escuchase. «He observado que una sola palabra podía convertirse en una señal de muerte.»

A lo cual Lafayette, con su flemma americana, hubiera podido responder «que era preferible que uno solo muriese por la salvación de todos.»

La única cabeza en peligro hubiera sido la de la reina.

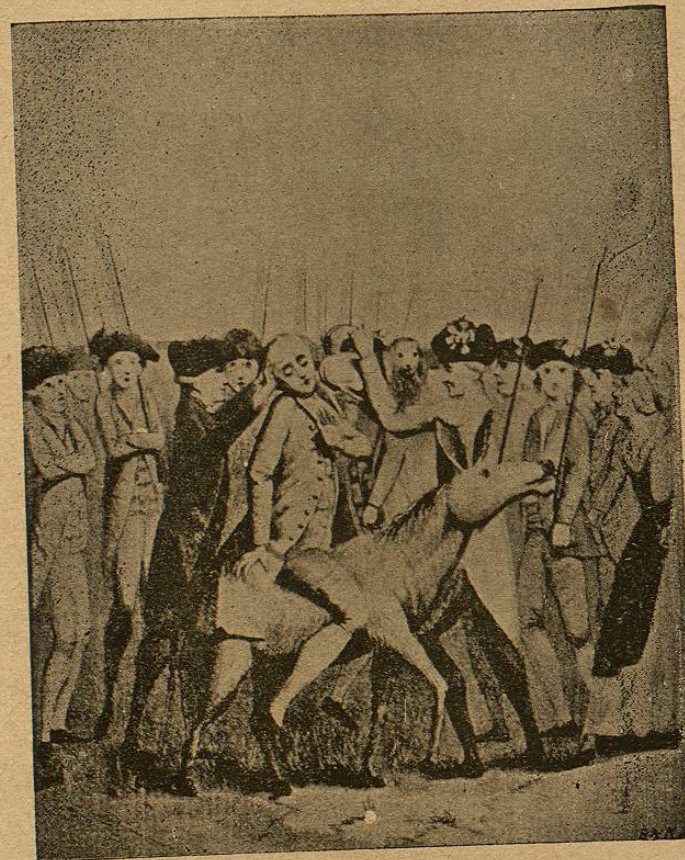


Lámina en colores representando la pena sufrida por el cura de un pueblo enemigo de la Revolución. Para insultar las nuevas ideas puso la escarapela tricolor en el rabo de su perro. La guardia nacional del pueblo le condenó á ser paseado en un burro y á besar varias veces durante el tránsito el trasero del perro.

El embajador de España dijo algo parecido, conocedor de que á un hombre de gran posición se le había propuesto firmar una lista de conspiradores que la corte hacía circular.

De este modo, este profundo secreto, este misterio corría por los salones el día 13; del 14 al 16 rodaba por las calles de boca en boca.

El día 10 los granaderos de las guardias francesas, convertidos en guardia nacional pagada, declararon que querían ir á Versalles para reanudar su anterior servicio, guardar el castillo, el rey.

El día 22 *Las Revoluciones de París* narraba el gran complot. Toda Francia lo leía.

Lafayette, que se creía *fuerte, demasiado fuerte* (así lo decía él), quería de una parte contener á la corte, haciéndola temer á París, y de otra contener á París, reprimiendo toda agitación por medio de sus guardias nacionales.

Abusaba de su celo para hacer callar á los alborotadores, imponer silencio al Palais-Royal, impedir los atropellos; hacía una minúscula guerra de policía, de vejaciones contra la multitud, soliviantada por los mismos temores que él tenía.

Conocía el complot y disolvía y detenía á los que hablaban de ello.

Lo hizo tan bien, que creó la más funesta oposición entre la guardia nacional y el pueblo. La gente comenzó á notar que los jefes y los oficiales eran nobles y ricos.

Los guardias nacionales, reducidos en número, orgullosos de su uniforme y de sus armas nuevas para ellos, aparecieron ante el pueblo como una aristocracia.

Burgueses y mercaderes sufrían demasiado con el tumulto, no recibían nada de sus fincas rurales, no ganaban nada; cada día eran llamados y fatigados por la administración pública, y cada día que pasaba querían que todo aquello concluyese, testimoniando su impaciencia con actos que irritaban á la multitud contra ellos. Una vez acometieron á una reunión de peluqueros y hubo contusos y heridos.

Otra vez detuvieron á unos cuantos que se permitían burlarse de la guardia nacional; una joven se burló de los guardias y éstos la cogieron y la maltrataron.

El pueblo se irritaba y llegó á acusar á la guardia nacional de apoyar y favorecer la corte, creyéndola comprometida en el complot de Versalles.

Lafayette no era doble, pero su posición lo era.

Impidió á los granaderos ir á Versalles á hacer la guardia del rey y advirtió al ministro Saint-Priest (17 de Septiembre). Su carta fué detenida. Fué leída en la municipalidad de Versalles, haciéndola jurar el secreto, y se consiguió de ella que pidiera se hiciera venir al regimiento de Flandre. A la vez se pidió una parte de la guardia nacional de Versalles; la mayoría se negó.

Este regimiento, demasiado sospechoso porque se había negado á prestar el nuevo juramento, llegó con sus cañones y sus bagajes, entrando en Versalles con gran estrépito. Al mismo tiempo la corte retenía á los guardias de corps que prestaban servicio en el castillo, con objeto de tener más soldados.

Una multitud de oficiales de todos grados llegaban cada día en coches de posta, como hacía la antigua nobleza en la víspera de una batalla, temiendo faltar al comienzo de la jornada.

París se inquieta. Los guardias franceses se indignan; habían sido

halagados, sobornados, sin conseguir de ellos más que aumentar su desconfianza.

Bailly se vió obligado á hablar en el Hotel de Ville, y se acordó nombrar una comisión que, con el bondadoso anciano Dussaulx á la cabeza, expresara al rey el estado de alarma en que París se encontraba.

La conducta de la Asamblea durante este tiempo es extraña. Parece dormir y despertar de pronto para volver á dormirse.

Hoy es violenta; mañana moderada, tímida.

Una mañana, el 12 de Septiembre, se acuerda del 4 de Agosto de la gran Revolución que aquel día votara.

Hacia cinco semanas que los decretos habían sido acordados; Francia entera, hablando de ellos con alegría, esperaba su aplicación y la Asamblea no decía una palabra.

El día 12, con motivo de un proyecto en que el comité de judicatura pedía *que se diera fuerza ejecutiva á las leyes, conforme con un acuerdo de 4 de Agosto*, un diputado del Franco Condado rompe el hielo y dice: «*Se trabaja para impedir la promulgación de los decretos del 4 de Agosto; se pretende que no aparezcan más, que no se vuelva á hablar de ellos. Ya es hora de que el sello real se fije en ellos... El pueblo espera...*»

Estas palabras produjeron un gran efecto. La Asamblea despierta.

El orador de los moderados, de los realistas constitucionales, Malouet (hecho sorprendente), apoya la proposición y otros le imitan.

A pesar del abate Maury, que se opone, quedó acordado presentar á la sanción real los decretos del 4 de Agosto.

Aquel movimiento súbito, aquella disposición agresiva de los moderados mismos, hace creer que, cuando menos, los miembros más influyentes no ignoraban lo que Lafayette, el embajador de España y otros decían en París.

Al día siguiente la Asamblea pareció extrañada de su valor. Muchos creían que la corte no dejaría jamás al rey sancionar los decretos del 4 de Agosto y previeron que la negativa provocaría un movimiento terrible, un segundo acceso de revolución.

Mirabeau, Chapelier y otros sostuvieron que aquellos decretos, no siendo propiamente leyes, sino principios de constitución, no tenían necesidad de sanción real, bastando la promulgación. Aviso torpe y tímido: torpe porque se prescindía del rey; tímido porque dispensándole de examinar, de sancionar, de rechazar, no habría choque ni colisión alguna.

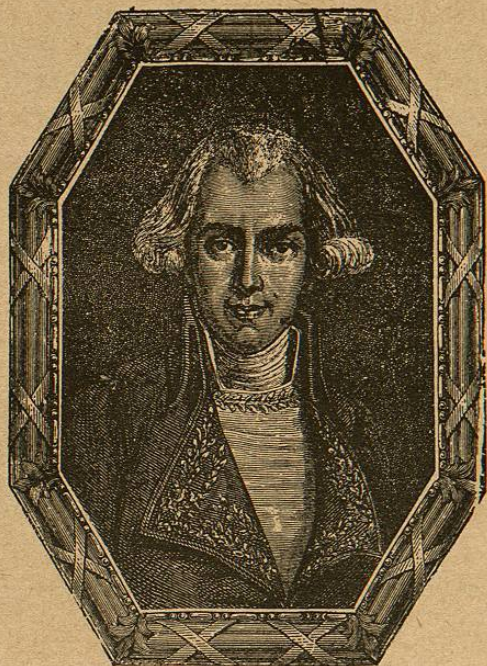
Las cosas, después de todo, habían de ocurrir según la influencia de cada partido dominante en tal y tal provincia.

Aquí se hubieran aplicado las decisiones del 4 de Agosto como decretadas por la Asamblea. Allá se hubieran eludido como no sancionadas por el rey.

El 15 se votó por aclamación la inviolabilidad real, la forma hereditaria, como para contentar al rey y hacerle favorable á la Asamblea.

No por esto recibió la sanción que deseaba para la obra del 4 de Agosto. El rey dió una respuesta equívoca, dilatoria.

No sancionó nada; disertaba, discutía, censuraba esto, aplaudía aquello, no admitía casi ningún artículo sin modificaciones. Todo ello era estilo Necker: sus trapacerías, sus tergiversaciones, sus términos medios. La corte, que preparaba otra cosa, creyó aparentemente salir del paso con esta respuesta, sin respuesta.



MOUNIER

La Asamblea se agitó. Chapelier, Mirabeau, Robespierre, Petion y otros de ordinario menos fogosos, afirmaron que pidiendo la sanción para estos artículos constitutivos, la Asamblea no esperaba más que una promulgación pura y sencilla. Grandes debates...

Y allí nació una moción inesperada, pero sabia y viril de Volney: «Esta Asamblea es demasiado divergente en intereses y pasiones... Fijemos las condiciones nuevas de la elección y retirémonos.»—Aplausos, pero nada más.

Mirabeau responde que la Asamblea ha jurado no separarse antes de hacer la Constitución.

El día 21, obligado el rey á promulgar, abandonó rodeos y habló claro; la corte, aparentemente, se creía más fuerte. El rey respondió que la *promulgación* no pertenecía más que á las leyes *revestidas de formas que facilitaban la ejecución inmediata* (quería decir sancio-

nadas), y que iba á ordenar la *publicación*, porque no dudaba que las leyes que decretara la Asamblea fuesen tales que tuviera necesidad de negarles la sanción.

El 24 Necker fué á la Asamblea á hacer su confesión.

El primer empréstito de treinta millones no había producido más que *dos*. El segundo, de ochenta, había dado *diez*. El *general de la hacienda*, como los amigos de Necker le llamaban en sus folletos, no había podido hacer nada; el crédito que él creía mantener había, como todo, perecido... Acudía á la nación. El único remedio que había era que ella misma se ejecutase, que cada uno se concretara á la cuarta parte de sus necesidades.

Necker había concluído su papel. Después de haber intentado todo medio razonable, se entregaba al milagro, á la vaga esperanza de que un pueblo arruinado podría pagar más, que se sometería él mismo al monstruoso impuesto de la cuarta parte de sus ganancias y emolumentos.

El quimérico hacendista, para última palabra, presentó una utopía que no se le hubiera ocurrido al buen abaté de Saint-Pierre.

El impotente crea impuestos voluntarios; no pudiendo obrar, imagina que la casualidad, lo imprevisto, lo desconocido, obrarían por él.

La Asamblea, no menos impotente que el ministro, participa de su credulidad. Un maravilloso discurso de Mirabeau vence y disipa todas las dudas. Muestra la bancarrota, la afrentosa bancarrota, abriéndose como un abismo para tragar á Francia... La Asamblea vota... Si la medida hubiera sido seria, si el dinero hubiera venido, el efecto habría sido maravilloso; Necker hubiera vencido á los que debían vencerle; la Asamblea hubiera consolidado la guerra para disolver la Asamblea.

Lo imposible, lo contradictorio, es el fondo de la situación para todo hombre y todo partido. Digámoslo de una vez: *Nadie puede nada*.

La Asamblea no puede. Discordante de elementos, ideas y principios, era incapaz; pero aún es más incapaz frente á la agitación y á la conjura, frente al rumor nuevo de la prensa, que cubre su voz. Voluntariamente se estrecharía con el poder real que ha demolido y se cobijaría bajo sus ruinas; pero las ruinas le son hostiles y no desean más que destrozarse la Asamblea. París le da miedo y le da miedo la corte. Después de la negativa del rey no se atreve á indignarse por miedo á aumentar la indignación de París. Salvo la responsabilidad de los ministros, que decreta, no hace nada en relación con la situación; la división departamental y el derecho criminal se agitan en el vacío; apenas seiscientos miembros acuden á las sesiones y van para dar la presidencia al hombre de la balanza inmóvil, á Mounier, que expresa mejor que ningún otro todas las dificultades de obrar, la parálisis común.

¿*La corte puede algo?* Así lo cree. Ve al clero y la nobleza aliarse de nuevo alrededor de ella. Ve al duque de Orleans poco sostenido en la Asamblea. Le ve en París gastando mucho dinero y ganando poco terreno; su popularidad ha sido destruída por Lafayette.

Todos desconocen la situación; todos ignoran la fuerza general de las cosas y atribuyen los sucesos á tal ó cual persona, exagerando ridículamente el poder individual.

Según sus odios ó sus amores, la pasión crea milagros, crea monstruos, crea héroes. La corte acusa de todo á Orleans ó á Lafayette.

Lafayette mismo, á pesar de su natural firme y frío, se torna imaginativo; no está lejos de creer también que todo el desorden es obra del Palais-Royal.

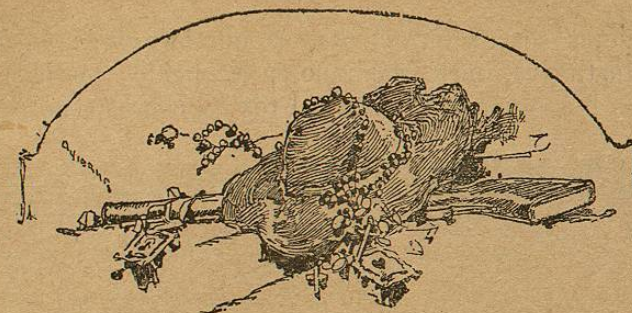
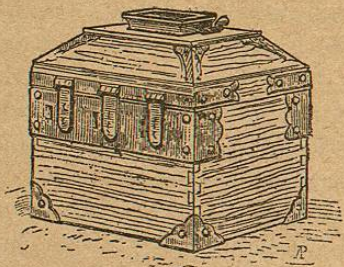
Un visionario se levanta en la prensa, Marat, crédulo, ciego, que lleva la acusación á donde sus sueños le arrastran, pidiendo la muerte un día para uno y otro para otro; comienza por afirmar que el hambre es la obra de un hombre; que Necker ha acaparado los trigos de todas partes para que París no los encuentre en ninguna.

Marat comenzaba entonces. Todavía consigue poco. La prensa acusa, pero vagamente; se queja, se indigna como el pueblo, sin saber concretamente lo que quiere hacer. Ve bien que habrá un segundo acceso de revolución. Pero ¿cómo? ¿En qué momento y con qué objeto? No lo sabe decir.

Para la indicación de los remedios, la prensa, el nuevo poder, agigantado por la impotencia de los demás, es también impotente.

En los días que preceden al 5 de Octubre, la Asamblea hace poco, el Hotel de Ville hace poco... Todo el mundo, sin embargo, siente que un gran hecho se aproxima.

Mirabeau recibe un día á su librero de Versalles, hace salir á sus tres secretarios, cierra la puerta y le dice: «Mi querido Blaisst, bien pronto veréis aquí grandes desdichas, mucha sangre. Por amistad he querido preveniros. No tengáis miedo; para los bravos y honrados como vos no hay peligro.»



CAPÍTULO VIII

El pueblo va á buscar al rey: 5 de Octubre de 1789

El pueblo sólo encuentra un remedio: ir á buscar á su rey.—Posición egoísta de los reyes en Versalles.—Luis XVI no puede obrar en ningún sentido.—Orgía de los guardias de corps, 1.º de Octubre.—Insultos á la escarapela nacional.—Irritación de París.—Miseria y sufrimientos de las mujeres.—Su compasión valerosa.—Invaden el Hotel de Ville, 5 de Octubre.—Marchan á Versalles.—La Asamblea advertida.—Maillard y las mujeres delante de la Asamblea.—Robespierre apoya á Maillard.—Las mujeres ante el rey.—Indecisión de la corte.

El 5 de Octubre ocho ó diez mil mujeres fueron á Versalles; muchos del pueblo las siguieron. La guardia nacional obligó á Lafayette á conducirla allí aquella misma noche. El día 6 se apoderaron del rey y le obligaron á residir en París.

Este gran movimiento es el más general que presenta la Revolución después del 14 de Julio. El de Octubre fué casi tan unánime como el otro, en el sentido, al menos, de que los que no tomaron parte deseaban el suceso y se alegraron todos de que el rey fuera conducido á París.

No hay que buscar aquí la acción de los partidos; hicieron muy poco.

La causa real, cierta para las mujeres y para la multitud más miserable no fué otra que el hambre. En Versalles, habiendo desmontado á un caballero, mataron y se comieron el caballo casi en crudo.

Para la mayoría de los hombres, pueblo ó guardias nacionales, la causa del movimiento fué el honor, el ultraje hecho por la corte á la escarapela parisién, adoptada por Francia entera como signo de la Revolución.

¿Hubiesen marchado los hombres á Versalles si las mujeres no hubiesen precedido? Es dudoso. Nadie antes que ellas tuvo la idea de ir á buscar al rey.

El Palais-Royal en 30 de Agosto partió con Saint-Huruge, pero era para llevar quejas, amenazas á la Asamblea que discutía el veto.

Aquí solo el pueblo tuvo la iniciativa; solo fué á tomar al rey, como solo tomó la Bastilla.